

## LOS CUENTOS DE SANIA

### Uno

Agadir. Agadir de Mullay Abdallah, Agadir la bella, la de los dulces naranjos, la de los dátiles carnosos de sabrosa miel, ceras especiadas, pieles de animales imposibles y abalorios de plata, Agadir, dulce como las láminas hojaldradas del amlu y trepidante como las bellas cascadas del Tunkert. Embebida en el color de sus tintes, salpicada por la furiosa rabia de un desnudo sol, solemne y apesadumbrada sobre la infinita arena.

Agadir. Agadir de añiles hombres, maculados por el hastío de un fluir eterno impregnado en sus miradas. Prodigiosos inmortales que conversan con olivos y ofrendan dátiles y hierbabuena al calor de fogatas alimentadas por tiernos arganes. Agadir, con la magia intensa de su bahía y sus playas y el penetrante aroma a pescado, sal y pintura que desprenden sus barcazas multicolores.

Aquí vivimos el tedio de sus convoyes amaneciendo en los *caravasar*, desafiando todos los sonidos del nuevo día. Hace siglos, los azules hombres aprendieron el idioma de las aves y el cúfico de los astros, para sumergir bajo el costurón reseco de abismos y quebradas los espesos pellejos de antiguas raigambres —una hermosa cartografía de aldeas ya desaparecidas—.

Príncipes nacidos para venerar con recato la luz en la filosofía de Ibn Arabí, en la sabiduría de Ibn Rushd, en las palabras de El-Zayyani e

Ibn Batuta, dejando pasar la vida queriendo no saber qué pasa. Palabras que yacen en ese estanque que es el contundente corazón de los hombres. Palabras que son el agua de la vida; un brote de musgo legado en la profundidad de cada ser.

Franqueando cualquiera de las cinco puertas que custodian la medina antigua, el visitante encontrará con facilidad el camino que le llevará al oasis de Tiut, junto a la hermosa aldea de Tarudannt, circundada de almendros que incrustan sus raíces en el adobe de las casas y desde cuyo alminar resuenan diariamente las cinco llamadas del *muezzín* convocando a la oración. En los palmerales del oasis hay una vieja *kasba* semiderruida. Sus laberintos son un dédalo donde sombras y resplandores semovientes, semejjando alimañas fugitivas en frenética carrera, huyen y se agazapan de un modo imposible en los recodos y esquinas. Al adentrarse la tarde, me sorprendió ver desde un distante promontorio una recua de camellos que, con parsimonia y andar cansino, invadía la *kasba*, guiada por mujeres de caderas crepusculares y ojos húmedos por el *Kool*, ataviadas, trayendo la leve brisa el aroma de tinte de alheña y fragantes especias que desprende de sus cabellos, como recién salidas del *hammam*.

La inquietud que suscitó en mí tal visión me obligó a aproximarme al palmeral sorprendiéndome la figura de una niña de unos quince años, envuelta en un *baik* de lino.

Cuando estaba a dos pasos de ella escuché una voz de trueno, imperativa, que en vocablos de inusual pureza camítica demandó su presencia y salió corriendo dejando en mí el eco del nombre proferido. Sania se llamaba la hermosa criatura. Sania..., Sania.

## Dos

No había sido un sueño, ella era una realidad, tanto como la pluma que escribe esta historia. Allí permanecía frente a la fogata que habían levantado y donde todos la escuchaban tomando te.



Sania había sobrevivido al tifus y la viruela, no habiendo dejado señal alguna en su rostro, más sí en su alma, ya que había perdido a su familia en estas epidemias, que no tuvieron compasión alguna con miles de personas, gentes caídas en la fatalidad de tales crueldades infectas con que la naturaleza a veces nos sorprende. La enfermedad se enseñoreaba hasta debilitar el organismo al punto de ser incapaces de hablar, de tragar o mostrarse ante los demás, llevándose sus almas a una velocidad inusitada. La tierra se ahogó de amargas fosas, de lágrimas y vanas imprecaciones.

Sania ostentaba en su cabeza un gran nido de pájaros y, como todas las jóvenes, albergaba varias vidas. Sus ojos eran de un intenso avellanado con la tez mate y tersa de las mujeres de mi tierra. Una gacela que dejaba entrever el porte glorioso de caderas que han inspirado las quasidas más hermosas que juglares cantaran. Los finos dedos eran alhajas dibujadas por la jenna, y los pliegues horadados en la palma de su mano derecha hablaban de un bosque, un río, una nave, un amor y una esperanza. También hablaban del vivir, de elixires de amor y filtros que doblegaban la voluntad, de leyendas y mitos anteriores a la arabización, de las nocivas herencias e influencias que el protectorado dejó en las buenas gentes, de las maravillosas hazañas atribuidas a Al Manssur y otros conquistadores patrios y, de la miseria y mezquindad que están condenados a padecer los seres humanos.

La camellada de Sania pertenecía a un mercader saharauí, provenía de Uarzazate y se dirigía a Guelmi, para posteriormente adentrarse en el territorio de los Chtuka y los Aït Baha. Recorría los pueblos del alto atlas intercambiando productos. La sal era su oro que, tras el trueque convertían en higos, polen, especias, cebollas albarranas, serpientes, miel y aceites curativos.

Ella cuidaba los animales. Extraía la leche de las camellas, guardaba sus orines, las ayudaba a parir y contaba historias increíbles. Tenía el don de la fabulación, era una Scherezade de los desiertos, una juglar del trashumar cansino de los ancestrales bereberes

por senderos de sol y nieve, del frío gélido de las noches y el ardiente cirio de los días, de la vida abierta a la vida.

Sania contaba historias y tenía el poder de abrirle a uno el alma cuando lo hacía. Sus palabras llegaban de otro modo, como de otro mundo y tenían una llave con la que abría el corazón del oyente. Uno terminaba por integrarse en sus historias y gemía y reía como si éstas formaran parte de tu propia vida.

### Tres

Loado sea Alah misericordioso. Alabado sea Mahoma, nuestro profeta. Que su bondad proteja a nuestro Amir el-Mumin y las enseñanzas impartidas en nuestras medersas. Que mis palabras sean testimonio de deseos virtuosos y los sabios sutras del libro sagrado y la ley divina apadrinen e inspiren tu imaginación:

La tierra olvidará los surcos que han herido su pecho y aquello que yo menciono esta noche será como la savia de un magnífico árbol cuyas ramas trepan hacia el cielo proveniente de sus hondas raíces. Mis venerables palabras, por tanto, son tu sangre, son el trueno de tus relámpagos —tus inquinas, temores y fantasmas— y en tu espíritu mora el ansia de tus deseos. Permite pues, que te guíe como a un ciego y sea para ti como una nube henchida que cuelga sobre tu pedazo de terruño y desciende sobre él para animarle e infundirle vida.

La vida del hombre es la del labriego que siembra; tediosa y expuesta a las aves que no permiten que el grano fecunde. Todas las vidas son una y toda trasgresión o delito es cometido por todos los hombres juntos, es por ello que vuestro espíritu se oscurece de aflicción, es por ello que la vida está escrita por todas las manos. A los días y sus trabajos le bastan su momento, en eso consiste el milagro...

Sania continuó toda la noche relatando, fiel a su tradición. Sólo al llegar el alba me percaté que se limitaba a mover sus labios



y que su garganta no emitía sonido alguno. Los cuentos que ella desgranaba en realidad eran mis propios cuentos, mi propia historia. ¿Podiera ser que yo escribiera realmente palabras que Sania me dictara por medio de alguna sutil hipnosis a la que me había sometido? ¿Podiera ocurrir que estos cuentos estén escritos por cada uno de ustedes?

Estos relatos surgen de la vida y el ansia, buscan elevarse por un camino de anhelos sabiendo que no encontrarán cima alguna. Han sido engendrados desde el amor, la cólera, la inseguridad, el miedo..., me buscan y te buscan..., serán más tuyos que míos.



## LO DE TODOS LOS SÁBADOS

Tito alejó las aceitunas hacia el centro de la mesa buscando un distanciamiento coherente en relación a la importancia y envergadura de su perorata. Un gesto que otorgaba mayor empaque y redondeo a los períodos ascendentes y decrecientes de su palabrear. Conocedor de sus finas dotes embaucadoras y experimentado orador de cafetín, discurseaba con artificiosa naturalidad, buscando cuidadosamente las palabras y gestos.

—Que sí, Pacuco —exclamó, exaltado—. Lo que yo te diga... la sabiduría, la verdad, la dignidad humana..., todo se ha perdido. ¿No te suena esta frase de nada? Coño Pacuco, hace años te sabías los diálogos y monólogos de memoria. —El tono de voz de Tito mediaba entre la reprimenda, el reproche y el orgullo de poseer una memoria prodigiosa—. La peste sobre Venecia, Dirk Bogarde, Björn Andresen..., o, ¿ya olvidaste a Visconti? —Y continuaba gesticulando, erguido sobre los travesaños del taburete como un funambulista pirado—. Nos han fabricado una estúpida mascarada para mejor esparcimiento de asnos y borregos, un imaginario para cretinos virtuales impulsados hacia una universalidad que dan en llamar pensamiento único... ¡Cago en la mismísima... El imperio banalizador y la puta hostia que lo hizo!

Concedía a sus palabras sólido aplomo. Aunque él desconocía este hecho, sus frases lastraban un lenguaje hastiado, pasado por un antiguo receptor de radio desmenuzado y apolillado. Un sonsonete

de astillas y baquelita ronroneando en su incansable dar y dar vueltas sobre el gramófono.

—No seas radical, Tito, que un día de estos te da un telele —trataba de calmar Pacuco la vehemencia de su entrañable amigo—. Lo decía insuflando una camaradería épica, mostrándose como inefable conciliador e hipócrita experimentado en las lides del agasajo. Proceder muy común propio de adeptos a tabernáculos libatorios, donde el noble ejercicio de dar coba era una inversión al convite de futuras copas.

—¡Qué radical ni qué carajo! —Se hizo un silencio incomodo. Los vecinos de barra escrutaban al Tito que había empalidecido—. Han convertido al hombre en un guiñol, en una sucesión de ritos, en un cementerio de frases prefabricadas, en un alienado con la idiotez perenne en su mirada. Asómate a la calle y míralos pasar —bajaba del taburete e iba hacia la puerta señalando la avenida y las gentes con su índice—. Míralos, lo que yo te digo..., en serie, estandarizados, felices en sus palacios de consumo, entregados a la inautenticidad y conformes con su cuota de alfalfa... —Comenzaba a sofocarse y tomaba el aire cada vez más seguido para no ser víctima de una asfixia. Era en esos momentos cuando le invadía un sentimiento de rabia y de profunda ingravidez, como si una alimaña le hubiera corroído todos sus órganos y sólo quedarán las cáscaras de esa gran cebolla que era su dolido corazón.

—Pacuco..., nuestra lucha no sirvió de nada. El voraz neoliberalismo nos robó el sueño. —Era en esos momentos fatales cuando comenzaba a declinar su gesto enfático y como vencido otorgaba displicente la palabra al amigo.

—Tito, bien sabes que la temeridad del hombre nace de su inocencia —aquí el Pacuco ponía cara de trascendencia, entrecerrando los ojos para darle mayor significación a su dolor (que bien podía confundirse con una inconsciente pose de avasallador retórico, dispuesto a acometer la resolución del problema del ser en Parmenides desde una incontenible efervescencia dialéctica)—. El poder y las

instituciones políticas tienen el monopolio de la violencia, si a eso le sumas la condición mezquina del ser humano, de la que se deriva la corrupción, su mala fe, el recelo más profundo y una supina ignorancia, al final te sale este cóctel de hijoputez impensable..., y..., la gente no quiere pensar..., prefiere vivir acéfala en su diminuta madriguera esperando las ofertas de compre tres y pague uno...

Pacuco enarbolaba las cejas meditabundo, y dejaba posar la mirada en una de las franjas del paso de peatones. A esa hora del mediodía de un sábado la gente circulaba a raudales, ajena e ignorante a la miserabilidad que él y sus contertulios le decretaba.

—Estoy de acuerdo con lo que dices —replicó categórico el otro—. Son la mar de felices en su piara mediática imperial y corporativista —lo recalca así, con la boca oronda y con enjundia semi-intelectual—. Consumen todos los piensos del mercado y les va de todo: el botellón, la telebasura, los documentales de *lonely planet*, la testosterona, la silicona, los *burger's*, el budismo zen, las grandes superficies —inhalaba como si le faltara aire para proseguir con su retahíla—. Ir en masa, el *reggaeton*, la objetivación, la maximización, los cultos chamánicos, da igual de dónde coño provengan, los libros de autoayuda, el sexo sin sexo, las bebidas isotónicas, las zapatillas ergonómicas de cien mil colores y ciento cincuenta mil mierdas más..., la verdad, gente cojonuda..., sí. ¡Te digo yo!

El asunto de los sábados funcionaba de la siguiente forma. Tito se mostraba inquieto y errático, lanzándose como un torrente al discurso desbocado y a la nostalgia de los sesentasetenta, viejos temas como el revisionismo en las izquierdas, lo reaccionario del sistema burgués y su doble moral hipócrita, la legitimidad o no de la monarquía, el pacto-traición de la Moncloa. Según iban transcurriendo las copas la nostalgia les situaba en las agueridas manifestaciones pro-amnistía. Los pelotazos recibidos en las contiendas urbanas por los antidisturbios. (Estas batallitas propiciaban cierto regusto amargo en los eventuales interlocutores). Más aun cuando se hablaba de la brigada de lo Político-Social, de sus apoteósicas

cueradas (en teoría todos los izquierdosos habían sufrido su infamia y tenían experiencias traumáticas, y si no, se inventaban ya que había que colocarse insignias de libertadores). Permanecían solidarios y las cervezas ayudaban a sobrellevar los recuerdos con empaque. Nuestro entrañable amigo Tito, a estas alturas del relato uno tiende a cogerle afecto, en su personal carácter exaltado hacía enormes esfuerzos por sofrenar la emoción que le invadía al suscitar tanto infatuo recuerdo, pero el sentimiento podía con su inveterada timidez y el atávico respeto que sentía por Méndez, el propietario del local, y un acendrado sentido de protagonismo más los efluvios de tanta *birra* no le libraba de acabar confundién-dole perdiendo los estribos y cagándola impunemente, dando alaridos y retre-pando la butaca que le servía de improvisado púlpito.

Riiinggg..., y seguidamente, las notas musicales de la internacional.

—Este jodido móvil me va a matar algún día de un susto — se dijo—. ¡Coño!, síiiiií, aaalooo, dime cariñito... —Aquí dulcificaba el tono y lo caracterizaba de cierta fingida melosidad—, espera que me voy junto al ventanal que hay mejor cobertura —aprovechaba para mirar desde la amplia cristalera la algarabía de hermosas mujeres que bajaban ufanas y ondulantes a esa hora por la avenida. Soñadoras y sabiéndose potras provocativas hasta el desmayo. Se le iban los ojos y lograba simultanear la conversación telefónica con la visión de la eventual pasarela donde transitaba el hembrío, subyugándolo hasta el éxtasis. Parecían poseer traseros con cerebro propio, inteligentes en su inverosímil contoneo absolutamente independientes del cuerpo, gráciles, ondulantes y rítmicos exhibían una vida autónoma y casquivana. El mundo a esa hora del mediodía era una procesión de redondeces y excrecencias carnales a cada cual más espectacular. En esos mundanos asuntos cavilaba en tanto la señal de cobertura del móvil se le iba y venía...—. ¡Es que no se oye bien! Ahora, ahorita sí. A ver, agarro una servilleta y tomo nota... Bien, bien... ¿Algo más? Si se te olvida alguna cosa me mandas un sms

—remarcaba el tono en alta voz como si al darle intensidad a las siglas —eseemeese—, adquiriera ante los otros rango de experto en el mundo cibertecnomediático..., bueno preciosa..., nos vemos enseguidita. No, sólo una cañita más, te lo prometo. Enfundó el móvil en el bolsillo del pantalón y regresó a la mesa cabizbajo, atildándose el cuello de la camisa y mascullando improperios sordomudos.

Ya finalizada la accidentada conversación retornaba a la actividad febril de la mesa, donde, tras el íterin, la conversación había tomado un sesgo ecológico, al plantearse los contertulios la conveniencia o no de la pesca del atún con almadraza. Le pidió a Méndez una cañita de fresca cerveza, en boock grande y tirada por grifo de serpentín para compensar el fulgor de las miradas reprobatorias de sus contertulios que lo contemplaban con lo que a él se le antojaba eran, ojeadas de sojuzgamiento, como diciéndole con el mirar: no eres más que un pringao, un espíritu lábil, pusilánime y sometido a la vil y manipuladora hembra humana.

—¿Quéee fue? —Le increpó el Pacuco con sonrisa de hurón calentapelotas y mirándolo inquisitivo—. ¿La parienta de mosca cojonera y con el tocar de bolas sabatino?

—No, es que el niño está caprichoso con lo de la gripe — respondió musitando, pero en tono drástico y concluyente. Inmediatamente aventuró un silabeo incomprensible, dando tiempo a que el Pacuco drenara en su cerebro el impacto de la subliminal propuesta que intuía le iba a plantear..., a renglón seguido:

—Qué, lo de todos los sábados... ¿O no? —Espetó sarcástico el Pacuco.

—Aquí lo tienes bien pormenorizado —farfulló el otro. Y le entregó una servilleta garabateada, con cierto asco y sin convicción. Tomada con el índice y el pulgar como si de un pañal orinado se tratara, un tanto temeroso por lo que la peña pudiera sobreentender.

Distendido y con sorna, el otro leyó el texto en alto, jactancioso y complacido, frustrando la relativa intimidad que el Tito había depositado en su presunta y poco discreta caballerosidad.

—A ver si traduzco bien: dos raciones de *Nugget's* con salsa de *Kentucky*, una de papas con alioli, tres *Big mac* con pepinillos y la ensalada *Green grass* sin cebolla y colmada de escarola.

—Joder, Pacuco —le rogaba el Tito—, hazme el favorcito. Total, tú no tienes reparos ideológicos en franquear esos antros, pero sabes que en esos temas yo soy un tío con férreos principios —lo decía en voz bajita, contristado y en actitud defenestrada.

—No te preocupes hombre, para qué si no estamos los amigos. Y además ya son muchos los años en los que todos los sábados te hago la guardia en esa garita de *burguer* y, cuando no, toca irte a alquilar los juegos de la *play-station* al video club. Yo he llegado a pensar que eres tú y no tu hijo el que se pasa el fin de semana dándole a los jueguitos.

El resto de la mesa sonreía con taimada maldad llevándose los puños a la boca ocultando y disimulando sus propias vergüenzas. Ellos también, a la sordina, eran habituales de las delicias culinarias servidas en los pantagruélicos *burguer's*, excelsos liceos del yantar basura contemporánea y expertos jugadores de *play-station*.